

de nuevo, aunque permaneciendo como un testigo prodigioso de las civilizaciones antiguas.

Hasta cesando de ser capital de la región de los ríos, Babilonia continuó conservando durante siglos, la supremacía virtual como ciudad por excelencia de la industria y del comercio. Cuando el centro del poder militar cambió de lugar dirigiéndose hacia el Norte para fijarse en la confluencia del Tigris, y del gran Zab, la ciudad central de la Mesopotamia no por eso dejó de ejercer su potencia de fascinación sobre los pueblos y los reyes; algunos soberanos de Assur establecieron allí la sede del imperio, y con frecuencia hubo revueltas, unas reprimidas y otras victoriosas, que se apoyaron sobre la ciudad fuerte, fundada por Nemrod, el semidiós legendario. Cuando el ejército de Ciro, después de haber desviado el curso del Eufrates, entró en Babilonia como por un camino real, penetrando en el cauce seco del río, la ciudad era capital de un reino independiente. Ni aun los Persas conquistadores despojaron de su corona á la ciudad conquistada, y la colocaron, con Persépolis y Suza, en el rango de las capitales. Después Alejandro, convertido en dueño del mundo explorado, desde el mar Jónico y del oasis de Júpiter Ammon á las desembocaduras del Indus, escogió este sitio como centro de su poder y punto de cita para todos los pueblos civilizados. Es verdad que la ruina comenzó poco tiempo después, cuando la residencia de los soberanos fué transferida á alguna distancia, en la ciudad nueva de Seleucia; pero ese cambio de lugar sólo tuvo importancia local, habiendo quedado hasta nuestros días, el medio geográfico de la Mesopotamia y de todas las comarcas que de ella dependen, el centro de las tierras aluviales donde se entremezclan las corrientes de los ríos gemelos. El nombre de «Babilonia» se cierce aún sobre toda la comarca, en tanto que desde el punto de vista simbólico designa todas las ciudades poderosas donde vienen á amontonarse los millones de hombres, que traen consigo la fiebre del saber pero también el contagio del vicio.

Comparado al de la Mesopotamia propiamente dicha, el centro de civilización donde nació el imperio de Asiria, faltó casi completamente de originalidad, puesto que lo ha recibido todo de las regio-

nes del Mediodía: la escritura, la industria, las artes y las ciencias. Pero el poder monárquico se constituyó allí de una manera tan formidable, que los sár de Asiria llegaron á ser los representantes por excelencia de la monarquía absoluta. Las tribus de montañeses que descienden de los valles inmediatos se componen de Kurdos, que ganan penosamente su vida como pastores y agricultores y están siempre dispuestos al pillaje cuando se presenta ocasión favorable: un jefe de cuadrilla encuentra allí fácilmente degolladores que le acompañen en sus expediciones guerreras; un soberano recluta tantos mercenarios sin escrúpulos como hombres válidos haya en la comarca. De esos elementos se valieron los reyes de Asiria para organizar ejércitos crueles, dispuestos á la matanza y al incendio. Pues en esta región ninivita, donde cada valle convergente suministraba el material de guerra en carne y hueso, una potencia militar como lo fué Assur, habría podido disponer igualmente de todos los recursos científicos é industriales que le llegaban del Mediodía; pero no parece que los Asirios hayan añadido mucho al tesoro de descubrimientos importados de Caldea.

Las construcciones de los reyes asirios no tuvieron otro objeto que la prosecución de la guerra ó la glorificación de su persona; las preocupaciones de ciencia y de religión entraron como

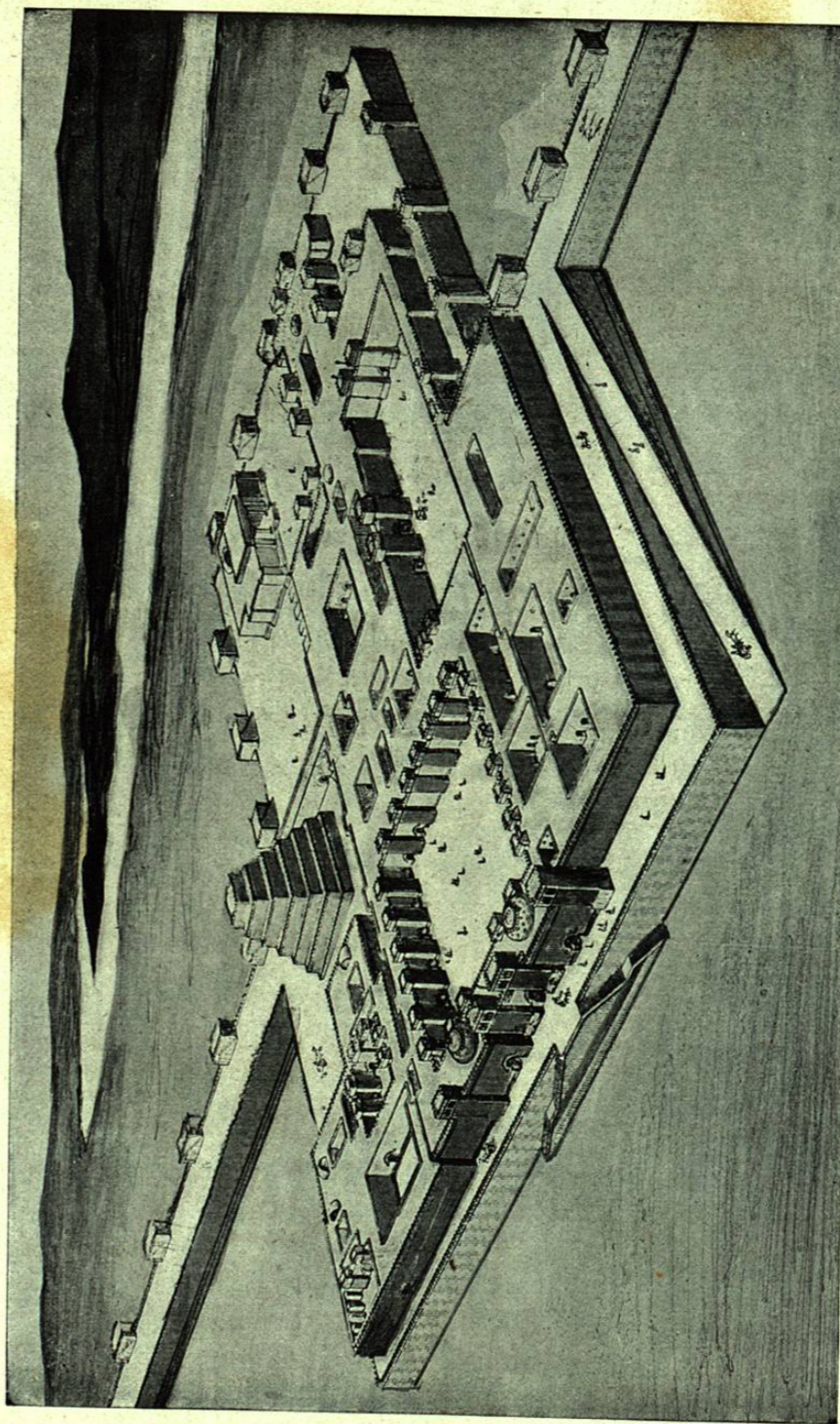


ESTATUA DEL REY ASSUR-BAN-I-PAL
(Museo Británico).

parte mínima en su arquitectura. Las reconstituciones del palacio de Sargon, tales como las dan Place y Chipiez, muestran la prodigiosa cantidad de trabajo á que fueron sometidas las poblaciones para edificar á sus amos verdaderas ciudades, bastante grandes para contener ejércitos de servidores y de soldados. La extensión de las terrazas, la soberbia perspectiva de las escaleras, la majestad de las puertas y la altura de las torres debían inspirar á las gentes del exterior una santa admiración, mezclada de terror, hacia el habitante supremo de esos palacios, y esta impresión se aumentaba aún por el aspecto grandioso y terrible de las estatuas colosales de hombres y de animales que guardaban las entradas. Para esculpir esos monstruos formidables, los artistas asirios tenían á su disposición los alabastros y los basaltos de las montañas próximas, y podían así asegurar la duración de sus obras, aun en medio del montón inmenso de ladrillos derribados por un asalto ó cambiados en polvo por el tiempo. Los pintores y decoradores de los palacios de Asiria poseían también colores muy duraderos, sales de plomo y de cobre, que se creía ser de reciente descubrimiento antes que los arqueólogos hubiesen excavado el suelo de Nínive.

El lugar preciso del centro del imperio asirio fué probablemente indicado por la Naturaleza en el punto donde los grandes barcos descendentes debían interrumpir la navegación y donde las balsas traídas por el curso ascendente eran aligeradas de su carga y deshechas. Las inscripciones cuneiformes han revelado la antigua existencia de una ciudad de Achour ó Assur, situada sobre la orilla derecha del Tigris, por bajo de la confluencia de este río con el gran Zab. Esta ciudad existía sin duda en una época muy lejana, puesto que su mismo nombre estaba casi olvidado en las edades en que la nación persa entra en la historia, y ella fué probablemente en Asiria el primer centro de la cultura babilónica y la capital de la comarca designada después con este nombre ¹. Pasado cierto tiempo, el movimiento central del tráfico se trasladó un poco más al Norte, hacia la península formada por la reunión del Tigris y del gran Zab. Allí se elevó la ciudad de Kalach, segunda residencia imperial, atribuída actualmente por la leyenda á Nemrod como la mayor parte de las ruinas de la doble

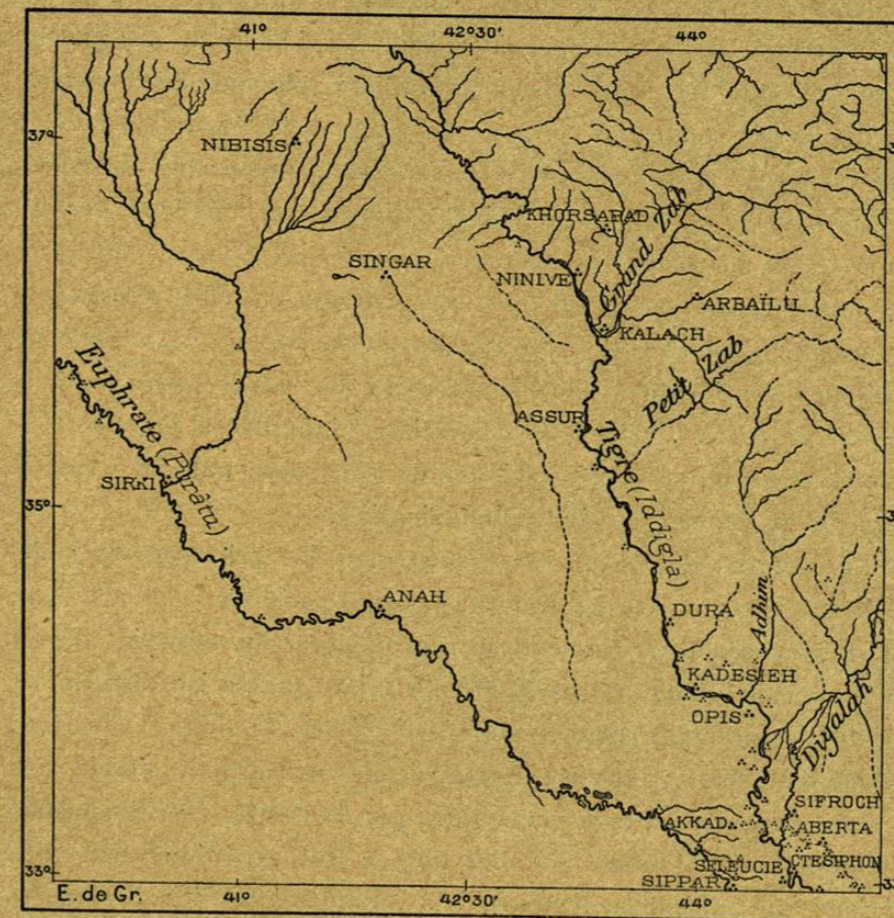
¹ Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, t. II, p. 84.



RECONSTITUCIÓN DEL PALACIO DE SARGON EN DUR-CHARUKIN, SEGÚN PLACE

cuenca fluvial pero que habían tenido como huéspedes famosísimos los Salmanasar y los Assurnazirpal. Kalach decayó á su vez, siendo reemplazada por Ninive, cuya colina hace frente á la moderna ciudad

N.º 94. Antiguas ciudades de Asiria.



de Mossult; sin embargo, cada uno de los soberanos, celoso de su divinidad, se complacía en fundar una morada que le perteneciese en propiedad, y veintiséis siglos antes de la época presente, Sargon construía su prodigioso palacio una veintena de kilómetros más al Norte: Dur-Charukin recuerda el nombre del fundador Khorsabad,

denominación más usual, proviene de la dinastía persa de los Chosrav. Sennacherib retrotrajo el centro del imperio á Nínive, la tercera capital de la Asiria propiamente dicha.

Nínive, tan admirablemente colocada en la reunión de dos importantes valles, en el punto del río donde se operaba el transbordo de las mercancías, en medio de la gran vía natural que reúne el golfo de Alexandreta á las elevadas campiñas del Azerbeidjan y al mar Caspio, y hacia el ángulo extremo de un grandísimo anfiteatro de montañas, debía adquirir fácilmente una gran importancia como mercado y depósito central; sin embargo, el terreno ocupado por los escombros de esta ciudad y que está delimitado con bastante claridad por los restos de las murallas, no puede evaluarse á más de diez kilómetros cuadrados; este espacio, del que una gran parte estaba reservada á los enormes palacios reales, no hubiera, pues, bastado á contener las multitudes considerables mencionadas por un pasaje oscuro de la leyenda de Jonás¹. Mas por comercial é industriosa que fuese la capital de Assur, sus reyes hicieron de ella sobre todo la «madriguera de los leones, la ciudad sanguinaria».

Los dueños del Norte no eran, como los primeros reyes del Mediodía, como el «padre Orkham», seres pacíficos y bondadosos, que se ocupasen principalmente de «profundizar los misterios de los ríos para la felicidad de sus súbditos»; sino que se jactaban de ser terribles, espantosos, como su divinidad misma, El-Ilon, el «fuerte», «el que da miedo»; referían sus atrocidades con orgullo simple, con la calma tranquila del deber cumplido; por lo demás, ese dios mismo se confundía de tal modo con ellos que se les ha podido negar toda religión; no edificaban templos, sus moradas eran los verdaderos santuarios²; sus *Te Deum* no son supervivencias de un pasado lejano, recitadas en una lengua extranjera, envueltas en el misterio de la música, son proclamaciones de una claridad imperiosa: «¡Yo he tomado las ciudades por asalto, exclama Sanherib, y he hecho de ellas montones de cenizas... Yo he barrido la comarca como con una escoba, y la he convertido en un desierto!» — ¿Y qué no dice el documento conocido con el nombre de cilindro de Teylor? — «Mis

¹ Cap. III, v. 3; cap. IV, v. 11.

² Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israel*, t. II, p. 457.

carros de guerra, aplastando hombres y animales, molían los cuerpos de los enemigos. Yo me he erigido trofeos con montones de cadáveres de los cuales se cortaban las extremidades. A todos los que caían vivos en mi poder, les hacía cortar las manos». Assurbanipal celebra también su regocijada ferocidad:

«Cayó vivo en mis manos y vivo le hice desollar. Hice arrancar los ojos á su hijo, pero en lugar de echarle á los perros, le emparedé en la puerta del Sol en Nínive». Esos altos hechos no bastaban aún al «servidor de Assur»: era preciso que engachase á su carro los reyes vencidos y se hiciese conducir por ellos, á latigazos, ante los altares de los grandes dioses para ofrecerles sus acciones de gracias, en recuerdo de los cuerpos mutilados, de las ciudades incendiadas, de las poblaciones aniquiladas.

La rabia de los sar se ejercía hasta contra los muertos: «Yo transporté sus osamentas, dice Assurbanipal hablando de los reyes de Elam, impuse la inquietud á su sombra y les privé de libaciones». Los reyes vencidos, encerrados en Nínive en jaulas de hierro, estaban condenados á romper y á reducir á polvo los esqueletos de sus antepasados para divertir á los ociosos.



C. Giraudon.

CABEZA DE OFICIAL ASIRIO

(Museo del Louvre).

La idea de la fuerza opresiva se manifiesta en todos los miembros fabulosamente vigorosos, orgullosamente extendidos... ¡Pero la cabeza!... La cabeza es nula, helada, impasible. (Gobineau.)